

CLASICOS CHILENOS

Vicente Pérez Rosales

La distancia que va entre algunos libros antiguos y modernos, deriva, primordialmente, de la amabilidad. La acción de otros tiempos no siempre interesa, ni menos apasiona a las generaciones que disfrutan de instantáneos medios de divulgación. Los niños de hoy buscan libros o se los piden a sus padres y abuelos, cuando se los exige un buen profesor. Es más simple robar la teca de la TV. ¿Quién cambiaría hoy -pensamos en el lector común que avanza desde los semanarios ilustrados a la gran literatura- una novela de caballería por un relato policial? Sin embargo, en tiempos de Honoré d'Urfé hubo nobles tadescos que vivían prisioneros del saqueo de esas novelas, tan identificadas con los héroes, que de interrumpirse la publicación no habrían podido vivir. Y nosotros creemos sin optimismo que la imagen de la pantalla hogareña nunca derrotará al libro, al silencio de su lectura, a la capacidad del ánimo que tuvo el autor en el instante de estar solo frente a su carilla de papel.

Las páginas de Pérez Rosales tienen la noble virtud de la amabilidad. Se leen en los disímiles días actuales, con interés reconstruido; pueden seguirse como una película de aventuras. Acaso en la gracia subyacente reside el misterio o en ese dengano, esa falta de premura para lanzarse a la obra literaria, imaginando que podrán salvarse las páginas escritas. Una ingenuidad, sin duda... ¡Son tantos los libros publicados cotidianamente sin que nadie repare en ellos, tantos que tienen éxito de público,

pero no de lectores! Y aquí conviene fijar algunos misterios relativos a la amabilidad. Un novelón escabroso o cándido puede alcanzar continuadas ediciones y no dejar huella cultural. Un libro de valía permanece un siglo abandonado en el anaqueo de una estantería, hasta que una mano solícita lo rescata, dándole el único mundo real de la literatura: la sensibilidad del lector. Es lo que sucedió al gran Pierre de Roncourt cuyo *Soneto a Helena* le entrelaza con nuestro Pablo Neruda. Los cuentos de Giovanni Boccaccio nunca han dejado de editarse y aunque los escondan de los programas estudiantiles más estrictos, siempre hay una mano juvenil que los descubre y disfruta. Acaso por la euforia vital que trasciende de ese grupo de jóvenes soladores que huyen de la sociedad de la peste hasta una fragante colina y allí se entregan al don gratuito de la propia imaginación.

Vicente Pérez Rosales, en otro plano, en el de la crónica, simple testimonio de un infatigable hombre de acción, nos dejó en sus *Recuerdos del pasado*, a pesar de la evidencia del título, un libro de esa índole. No tenía el mismo prisa para editar su obra, la escribió a trozos y le inhibió en parte la prudencia y el miedo, probablemente, de lastimar o comprometerse. Cuando vemos llegar a San Bruno, el terrible sicario español, cruzando los patios de un hogar patriota de alcurnia, deseamos que el agudo testigo nos haga vivir un poco más a ese godo regordete y colonado, que habla en voz baja y sonríe con inquietud. "Corrimos mi hermano Carlos y yo -dice Pérez Rosales- a averiguar lo que aquello significaba y no tardamos en ver salir del carruaje a un militar rechoncho, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, pescuezo corto, cara expresiva y anchos bigotes castaños. Iba vestido con afectación y en su alto morrón que no decía con su estatura, llevaba esculpidos en latón amarillo, junto con la corona, los leones heráldicos de España. Este personaje que me llenó de miedo, después de atravesar con desmembrado y seguido de dos soldados, el primer patio: ¡Ah, de casual, gritó en la angustia y mi padre que salió al encuentro, saludándole con el nombre de señor don Vicente San Bruno, le preguntó la causa que le proporcionaba

la ocasión de verle. San Bruno contestó: "Yo no le busco a usted. Todo por su orden, pero no tenga usted cuidado por eso, que no ha de tardar mucho en que nos veamos más de cerca las caras. Busco a doña Mercedes Rosales, y es lástima que sea tan guapa como esa insurgente... ¡Vamos, no perdamos tiempo!". Incluida la orden de prisión a la madre querida, junto con el ademán de asirle de un brazo, Carlos y yo, dando alaridos, nos lanzamos sobre San Bruno, quien de un solo revés al proseguir su marcha, tendió a los dos pobres niños sobre las piedras del patio".

Igual sucede cuando vemos al general San Martín, viejo y solo, de visita en un colegio de Francia; lo mismo si seguimos al chileno andariego con el clásico español don Leandro Fernández de Moratín y asistimos a la risa de ese rostro venusto, en el instante de escribir una gatomaquia que en seguida arroja al fuego, por considerarla impropia de su destino literario. La estampa que traza del odiado Manuel de Rosas, también se graba en el recuerdo, acaso por el contraste producido entre la idea preconcebida del lector y la visión humana del cronista. Escríbe Pérez Rosales: "Vivía éste en el segundo cuarto de una modesta casa de cinco pisos, altura muy común de los edificios de aquel pueblo. Llámé, y habiéndolo entregado al portero que acudió al llamado, muchacho que por el color de la tez me pareció americano, una tarjeta mía, no tardé en oír la voz entera de un hombre que parecía acostumbrado a mandar, que ordenaba se me franquease la entrada.

Un instante después se adelantó a recibirme el mismo Rosas. Era éste entonces un hombre como de sesenta y dos años de edad, de estatura más que mediana y de robusta complexión. Lucía su rostro, sobre una tez blanca y sanguinolenta, dos hermosos ojos azules, una nariz aguilleta y un par de labios, aunque finos, perfectamente delineados.

Nada encontré en su traje que me llamara ni atención; vestía como viste un honrado y modesto inglés de mediana fortuna. Ni vi en él el "chiripá" ni tampoco el grueso pantalón con vivos lacres, ni mucho menos el chaleco de lana colorado y la divisa

que afectaba lucir en Buenos Aires, ya en las revistas o ya en los campos de batalla, como me aseguraron en América que encontraría al ex dictador vestido aquí".

Nació Vicente Pérez Rosales en 1807; descendió por vía paterna del escriván Pérez García, uno de los últimos cronistas coloniales, aneposado del presidente José Joaquín Pérez, ejemplar de nuestra característica criolla. Su madre era hija de don Juan Enrique Rosales, miembro de una Junta de Gobierno y depositado, como Juan Egaña, a las mazmorras de la isla de Juan Fernández. Mas Pérez Rosales tuvo un buen padrastro, don Felipe Santiago del Solar, potentado del comercio de entonces, financiero, sin embargo, del movimiento emancipador de España. "Mi padrastro -escribe el hijastro- el doctor Felipe Santiago del Solar, a quien daba y doy todavía el nombre de padre". Por su parte, éste dio al muchacho vagabundo y futuro cronista, de acento vivo, una esmerada educación.

Privilegiado por la suerte, para ser testigo de hechos memorables de aquellos que atravesaron primordialmente a los periodistas de todos los tiempos, Pérez Rosales presencia, siendo niño, el fusilamiento de Luis y Juan José Carrera, en Mendoza; sigue en Francia la caída de Carlos X, asiste a la primera presentación de Hernani -hora máxima del romanticismo- y cultiva amistad con Alejandro Dumas, padre. Desempeñó, además, los cargos de cónsul en Alemania, agente de colonización, senador de la República, intendente de Concepción, y a él se debe la esforzada inmigración alemana del sur de Chile, unida ya a nuestra nacionalidad.

Aparte de los *Recuerdos del pasado*, Pérez Rosales escribió el *Diccionario del entrometido*, juicios que parecen verdades y verdades que parecen sueños, que publicó en forma de artículos, en la revista chilena de Miguel Luis Amunátegui y Barros Arana. Muró Vicente Pérez Rosales en Santiago, a los 79 años de edad y quienes desde su propia infancia recuerdan su vejez lo evocan como un viejecito chispeante, de pícaras reminiscencias.

LUIS MERINO REYES

1. Penda gocha.



El escritor Luis Merino Reyes, colaborador de PF, en su biblioteca.

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vicente Pérez Rosales [artículo] Luis Merino Reyes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile